

[**Lenguajes del cuerpo**

Cartografías del rostro: la lengua de los chismosos¹

Carmen Díaz Orozco]

Providencia Pérez vive con su malignidad, su desvergüenza y su atroz alma proterva. Murmuradoras así, que se alimentan de morder la honra ajena, antropófagas terribles que abreven deliciosamente la sed y hartan las hambres con sangre y carne de Susanas e Isabeles a quienes besan en los labios con el beso de la traición siniestra, conozco yo por centenares, y dan miedo cuando hablan, cuando hieren con los ojos, cuando destrozan con la lengua viperina, cuando matan con la risa de hiel emponzoñada.

Gonzalo Picón Febres²

Cualquier bestiario humano que no contemple un ingreso al chisme en tanto exponente de la más morbosa de las pasiones del alma sería inexacto. En ello reside el sitio de honor que el chisme ocupa en la casilla de las miserias del hombre. Animada por esta certeza, pretendo demostrar su condición de herramienta al servicio de intereses de alta prosapia mediante al análisis de la conducta oral de un personaje indefectiblemente ligado a la narrativa venezolana del siglo XIX. Me refiero a la fi-

¹ Este trabajo forma parte del proyecto de investigación titulado: "La santa y la prostituta. Lenguajes del cuerpo femenino en la narrativa venezolana del siglo XIX", financiado por el CDCHT de la Universidad de Los Andes bajo el código: H-801-04-06-B

² Picón Febres, Gonzalo, 1947: 396.

gura del chismoso y a la condición del chisme como elemento regulador de las jerarquías ciudadanas que, para el caso de la narrativa que me interesa, opera en el seno de comunidades cuyos miembros permanecen bajo la mirada inquisidora del otro.

En este sentido apuntan las afirmaciones de Gonzalo Picón Febres que me han servido de epígrafe; y aunque el argumento sólo aplica al personaje de Providencia Pérez de la novela *Todo un pueblo* (1899) de Miguel Eduardo Pardo, éste bien podría servir para otros ejemplares literarios de análoga envergadura, como aquél de doña Mariquita Rocafuerte, que unos años antes habría sido usado por el propio Picón Febres para dibujar a “la beata más temible de Bolivia” en su *Fidelia*, de 1893. La corrosiva acotación de Don Gonzalo, no sólo perfila gran parte de la morfología del chisme y de sus diversos modos operativos: al confirmar el carácter antropófago del personaje que me interesa también presenta al chisme como un correlato más del cuerpo y como una síntesis de la axiología que a él se asocia.

El chismoso ejerce a través del cuerpo y de algunas de sus funciones orgánicas más notables. Es antropófago: devora, vomita y excreta sobre la honra ajena. Su oficio supone la presencia de una boca, aunque no sólo por su condición de órgano de la avidez, sino por el despliegue de una de sus más notables funciones: la oralidad. En la conducta oral converge todo el lenguaje de su cuerpo. Así, tanto la boca como el rostro sintetizan sus funciones orgánicas y emotivas.

La noción del rostro en tanto síntesis del cuerpo a partir de la era moderna ha sido ampliamente desarrollada por la antropología francesa. Según uno de sus más destacados cultores contemporáneos (Le Breton, 1992), la Modernidad genera la transformación de la geografía corporal del rostro con respecto a la época que le antecede. En este orden de ideas, mientras que en la Edad Media la boca supo imponer su hegemonía en tanto órgano de la avidez y de la algarabía propias de su época, en la Modernidad ésta pierde protagonismo frente a la mirada que ahora se destaca como el sentido más capaz de albergar la sensibilidad de los nuevos tiempos.

En relación con el chisme que me interesa, tanto la mirada como la boca son de capital importancia, pues mientras la primera garantiza la vigilancia de la conducta ajena, sin la cual el chisme mismo sería impensable, la segunda se encarga de propagar los resultados de la observación, o

de la suposición, como ocurre en más de un caso. No obstante, el chisme al que me refiero se erige de espaldas al uso de la boca en tanto órgano de la avidez y del grito propio de la cultura popular medieval, pues aquí no se trata de una conducta oral legítimamente pública y jactanciosa que expresa la fiesta y lo bajo corporal (Baktín, 1971), sino de una que actúa a escondidas, que propaga a media voz las migajas de un orden moral compartido por el resto de la comunidad.

El chisme se alimenta del honor de las personas. Es por eso que casi siempre apunta a la conducta sexual de sus víctimas e incluso cuando se interesa por la corrupción política, ésta siempre vendrá asociada con toda suerte de vicios y, sobre todo, con una conducta sexual licenciosa. Para ejercer su oficio, el chismoso debe transgredir la vida privada de sus congéneres. Su técnica consiste en hacer de lo privado un asunto público; en este sentido, logra fragilizar las fronteras entre ambos espacios al tiempo que perfila la moral de su época. El hecho de que cierta crítica (Panessi, 2000) insista en ver al chisme como un escarmiento contra sus víctimas, aclara la condición de regulador social que, en este contexto, ostenta la figura del chismoso. El chisme fustiga las pretensiones de respetabilidad de las personas y muestra aquello que debe permanecer oculto atravesando un margen que lo saca de las tinieblas para enviarlo al espacio público. El chismoso se nutre de una picaresca de temática vergonzosa que la gente “decente” prefiere mantener oculta.

Un aspecto singular de la conducta del chismoso es su capacidad de oscilar entre las fronteras del orden. Adentro, cuando a través de la denuncia de la conducta moral indeseada expone el mundo de valores de su época; afuera cuando para ejercer su oficio depende de las mismas conductas que denuncia. Así lo certifica un amplio corpus literario, decimonónico y venezolano, articulado alrededor de los rumores proferidos por la más amplia caterva de chismosos de toda índole: del menos decente hasta el que más; de bárbaros, pendencieros y arribistas; de aristócratas y patricios; de celosos, envidiosos y moralistas.

Son innumerables los personajes literarios obsesados por esta desbordante conducta oral en la novela venezolana del siglo XIX.

Porque faltos de esos consoladores placeres que en otras ciudades constituyen la alegría de vivir y distancian de la maldad y de la calumnia, los moradores de aquél pueblón sin alicientes para el espíritu y sin sanos regocijos para la inteligencia, vivían en un continuo tejer y destejer

enredos, chismes y anécdotas, poniendo en cada reputación una sospecha y en cada sospecha una injuria³.

Al tiempo que asociada a su condición de provincianos ociosos, esta oralidad también anuncia un gran número de prejuicios morales en torno a la sexualidad de los individuos. En este sentido, el chisme se presenta como una forma de control social, pues fundamentalmente ocupado en “vomitar” la sexualidad de ciertos personajes con pretensiones de ascenso, constituye un arma poderosísima al servicio de la restitución de las jerarquías, en una sociedad signada por un amplio proceso de movilidad social como lo fue la Venezuela de entonces. He aquí esbozado, *grosso modo*, lo que considero la función del chisme en la narrativa que me interesa. Lo que sigue forma parte de mis primeras observaciones en torno al chisme como un elemento de regulación social en pequeñas comunidades sujetas por una elite que no está dispuesta a ceder su espacio frente a posibles intrusos, que por las razones mencionadas pretendan compartir los beneficios y privilegios de una clase social a la que no pertenecen.

Desde esta perspectiva analizaré la presencia del chismoso y las características de su oficio en las citadas novelas de Pardo y Picón Febres, pues ellas exponen lo que me interesa demostrar en relación con la función del chisme. En ambas he podido detectar la presencia de al menos tres tipos de chismosos. En primer lugar, se encuentra el que habla del otro, aunque sin intenciones verdaderas de hacerle daño; en segundo lugar, está el que habla del otro para difamarlo y en tercer lugar aparece la figura de quien no solamente difama, sino que habla del otro para sembrar la disputa, para herir y causar daño. A mí me han interesado, naturalmente, estos dos últimos personajes y analizaré los alcances de sus acciones a través de la presencia de dos pasiones: la envidia y los celos.

Las víctimas son dos personajes de singulares características: Fidelia, para el caso de la novela homónima de Picón Febres y Julián Hidalgo de *Todo un Pueblo* de Miguel Eduardo Pardo. Ambos son de condición inferior (la primera por razones económico-morales y el segundo por razones raciales) y por distintos medios han alcanzado cierto ascenso dentro de la escala social. Empecemos con la historia de la protagonista de Picón Febres. Fidelia es hija de una libertina incorregible que, gracias a la muerte de la madre y a los favores del cura del pueblo, logra convertirse en una recatada criada de casa cural que sueña con casarse y tener hijos. Po-

³ Pardo, Miguel Eduardo, 1995: 197

see una conducta moral irreprochable; además, es hermosa como pocas y, por lo tanto, tan deseada como envidiada. “...El despecho de quienes aspiraban a ponerse en la garrida hembra, la envidia de todas las muchachas de su misma condición social...” (262) precipitaron su caída a la condición de amante del Dr. Sánchez Azuero. Quien propaga el chisme es el novio resentido y lo hace de manera deliberada ocupando la condición del chismoso que difama para sembrar cizaña y causar daño a su víctima. Los celos son el motor de su hundimiento, y su destino el mismo de la madre lujuriosa. Lo que nadie parecía tolerar, esto es, la pretensión de Fidelia de ser mejor que el resto de sus iguales atizó el odio contenido durante años hasta enviarla al lugar del que nunca debió haber salido.

El chisme cobra forma escatológica en algunos pasajes, unas veces se expresa mediante “esputos harto hediondos” o “cuchilladas que ahondaban en las carnes hasta el hueso”, o bien, “albañal de injurias”, “vómitos de hiel”, etc. Las lenguas que lo profieren suelen ser ponzoñosas, carniceras y dañinas. El chisme se alimenta de carne descompuesta el órgano corporal que lo propaga es la boca y lo hace bajo el efecto de una avalancha:

...Gerardo y Chico Flores se lo dijeron a todas las sirvientas callejeras; las sirvientas se lo pusieron en pico a las señoras; las señoras hablaron con sus maridos allí mismo, y por la tarde no había ya quien no lo supiera en la ciudad. La noticia comenzó a rodar por donde quiera, fresquecita, provocativa, deliciosa, llena de aditamentos falsos, interpolada de afirmaciones inexactas, curiosísima en fuerza de los agudos pormenores que cada tipo iba agregándole al vaciársela a otro en el agaje⁴.

¿Y qué decir del chisme que corre por Villabrava acerca de los amoríos lujuriosos de Susana Hidalgo, la madre del belicoso protagonista de *Todo un Pueblo*, con Anselmo Espinosa? Pues que en su caso también el chisme sirve para ejercer controles sobre individuos amenazantes como es el caso de Julián Hidalgo, quien ha ascendido socialmente gracias a una inconclusa formación universitaria y que en razón de ello elabora osados discursos para insultar a la nueva nobleza criolla. En una disertación desbocada que marcará el debut de su caída, exclama:

⁴ Picón Febres, Gonzalo, (1890) 1995: 261.

Insoportables, frívolos, inútiles hasta dejarlo de sobra, no sabiendo ni siquiera lucir su frac y su apellido en los saraos, los nobles improvisados, a pesar de sus parentescos y enlaces con el primer mantecaje adinerado del país, siguieron juzgándose de origen divino, milagros de la merced celeste, concepciones supremas del rancio feudalismo... (116)

De ascendencia indígena, orgulloso, altivo y beligerante, Julián Hidalgo escupe a todos su condición de iguales en un país de “mescolanzas impuras” de “ennoblecidos sin nobleza”. Semejante alarde engrosará la factura que más tarde pagará por su osadía. Y así partirá de Villabrava con su madre “...como si lo agobiase aún el odio de la sociedad que lo arroja de su seno” (231). El chisme sobre la madre lo envía a ese estrato inferior que él mismo denuncia como ficticio, por racialmente semejante. Veamos en qué términos lo hace:

... si en este país (...) viniera un inspector de razas y de seres humanos a juzgar de jerarquías, de títulos, de nombres (...) y de genealógicas naturas, acabaría por levantar una pirámide tal de plebeyismo, que ni aun las águilas de más alto vuelo serían capaces de llegar hasta su cumbre... (121)

Aquí el chisme también supone vecinazgo, implica la presencia de individuos que habitan en pequeñas comunidades asediados por la vigilancia de unos sobre otros:

Se olfateaban mutuamente las existencias; se sabían al dedillo sus costumbres; se echaban unos a otros en cara sus vicios, no para corregirlos, sino para aumentárselos; las mujeres se atisbaban a través de las celosías y los hombres se escudriñaban, se abofeteaban, se herían de muerte a través de la indumentaria. (197)

La saña contra Susana coincide con la que se cierne sobre Fidelia, pues la rivalidad ante su hermosura y su intachable moralidad esparcirá la inquina de los despechados y la envidia de las mujeres de su misma condición. Al pregonar por todas partes la deshonra de Susana, la sociedad de Villabrava se desquita de haberla respetado durante tanto tiempo y aprovecha para rebajar la vanidad del hijo insolente, para difamar a Isabel, la cándida novia de Julián “y en mengua de la reputación de don An-

selmo, odiado y destrozado por la envidia de los que no podían alcanzar los favores de la mujer que él tan indebidamente poseía". (198)

Aunque menos escatológico que Picón-Febres, Pardo también explorará las posibilidades del rostro para expresar la actividad del chismoso. Aquí los chismes también se vomitan, también implican cuerpos que devoran, secretan, escupen; lenguas lacerantes que descuartizan y que expelen sustancias corrosivas. Así mismo destacan algunas topografías del rostro:

Las husmeó a distancia [las relaciones entre Susana y Espinosa], siguió la pista a la pareja y publicó el hallazgo. Desde aquel mismo instante todas los ojos se abrieron llenos de espanto; todos los labios se prepararon para verter especies y todas las orejas para recogerlas. (197)

Un aspecto a desarrollar en una investigación más sistemática sobre el chisme es su asociación con la figura femenina, pues ciertos prejuicios insisten en mostrarlo como un arma privativa de este género e, incluso, cuando los hombres toman su plaza la sociedad los considera como seres en desorden, afeminados, desocupados y de sexualidad sospechosa. Otro asunto a revisar es el papel de la prensa en la difusión del chisme, pues sabido es por todos que las publicaciones periódicas de la época constituyen uno de sus más asiduos colaboradores. Sin temor a equivocarme pienso que el chisme impreso ostenta las mismas formas discursivas que el oral y esto cuando apenas se revisan someramente y se consideran, a la luz del encono de algunos sectores por censurar este tipo de prácticas discursivas.

Pero el trabajo más arduo consiste en desentrañar la noción de honor de la época y su relación con la moral y la figura femenina. Es evidente que un modelo moral de larga data se articula en este razonamiento sobre el honor femenino. Pienso en el peso que la tradición española otorga a la noción de honor en la literatura de los Siglos de Oro, por ejemplo; en los nexos que se establecen entre honor y sexualidad, indispensables para determinar la calidad moral de las familias; en la enmarañada trama de aspectos que se articulan alrededor de la noción de honor: estatus social, reputación y virtud. Pienso en las diferentes apreciaciones de estos valores según el género al que aplican: para la mujer, la castidad, para el hombre, el valor. Pienso en los problemas concomitantes a las nociones de honor y honra⁵, y de sus contrarios: deshonor, deshonor.

⁵ Salto deliberadamente la discusión inconclusa entre partidarios y contrarios de la si-

ra, así como de sus múltiples variantes: oprobio, agravio, afrenta, ofensa e ignominia, entre otros.

Si de la posesión del honor; y por ende de la virtud y el recato femenino, depende la apreciación del otro y aun la preservación del linaje de las grandes familias, como parece demostrarlo toda esta narrativa, se entiende por qué este mismo honor pone en marcha un culto exacerbado de las apariencias, una vigilancia permanente de todos contra todos y un respeto ciego a las jerarquías que conforman la pirámide social. Finalmente, convendría analizar algunos cambios espaciales, pensar en las implicaciones de la calle, la fiesta, y la apertura del cuerpo femenino al espacio público, pues no olvidemos que en el marco de la nueva sensibilidad acaecida a todo lo largo del siglo XIX, el valor que el pensamiento cristiano había acordado a la virginidad está sometido a las tentaciones de una moral social no necesariamente religiosa. Y en este sentido, el cambio de escenario implica un cambio de estrategias que reclaman ser analizadas.

No quisiera terminar sin exponer una certeza: estos intrigantes carniceros dispuestos a devorar la honra ajena y a abrevar su sed de sangre con ojos, lenguas y risas son la prueba más fehaciente de la condición del cuerpo como un espacio de elaboración discursiva que sólo puede ser juzgado a la luz de los temores y anhelos de su época. Ellos son también la certificación de que cuando hablamos de los diversos lenguajes del cuerpo, o de alguna de sus partes, nos situamos indefectiblemente frente a determinados procesos sociales cuya morfología depende de las tensiones e intereses de su época. En consecuencia no se puede hablar de los lenguajes del cuerpo, ni de los valores que se le asocian, de espaldas a la sociedad que los articula.

Carmen Díaz Orozco

Instituto de Investigaciones Literarias "Gonzalo Picón Febres"

Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela

nonimia en las nociones de honor y honra y acepto sin más la postura de la crítica en favor de la sinonimia. El lector interesado encontrará una abundante reflexión sobre este aspecto en Chauchadis, Claude, 1982. "Honor y Honra o cómo se comete un error en lexicología". En Chauchadis, Claude, sf. *Etudes sur L'honneur. Recueil de communications et d'articles publiés sur le thème de l'honneur de 1977 à 1991*. Toulouse, Université de Toulouse, Le Mirail, U.F.R. D'Études Hispaniques. Pgs. 108-129.

Bibliografía

- BAKTIN, Mijail. (1971). *La Cultura Popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Barcelona, España: Seix Barral.
- BOUGEROL, Christine. (1997). *Une Ethnographie des conflits aux Antilles. Jalousie, commérages, sorcellerie*. Paris: PUF.
- LE BRETON, David. (2001). *Anthropologie du corps et Modernité*. Paris: PUF.
- MOLHO, Maurice. (1995). *Don Juan. La vie est un songe*. Paris: José Corti.
- PANESI, Jorge. (2000). "Cambaceres, un narrador chismoso", en *Críticas*, Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- PARDO, Miguel Eduardo, (1899) 1998. *Todo un pueblo*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- PICÓN FEBRES, Gonzalo. (1947). *La Literatura venezolana en el siglo XIX*. Buenos Aires: Ayacucho.
———. (1899) 1995. *Fidelia*. Mérida, Venezuela: Ediciones Solar.